

Michael Heinrich

Crítica de la economía política

Una introducción a *El Capital* de Marx

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

Análisis y crítica

Michael Heinrich

Crítica de la economía política

Una introducción a *El Capital* de Marx

Traducción y estudio introductorio de

César Ruiz Sanjuán

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

Título original:

Kritik der politischen Ökonomie. Eine Einführung, 2004

2ª edición, 2018

© Schmetterling Verlag GmbH

© De la traducción y el estudio introductorio, César Ruiz Sanjuán

© Escolar y Mayo Editores S.L.

Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB

28047 Madrid

info@guillermoescolareditor.com

www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-17134-40-2

Depósito legal: M-13493-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ESPAÑOLA

Cuando en 2009 se publicó la primera edición española de este libro, fue la primera traducción a otra lengua que se había hecho de él. Entretanto ha sido traducido a otros seis idiomas, y en Alemania, donde es la introducción a *El Capital* más difundida, apareció el año pasado la decimotercera edición. Cuando este libro fue publicado por primera vez en 2004, el mundo capitalista en Europa Occidental y en Norteamérica parecía relativamente estable. En aquel momento las protestas procedían sobre todo de los movimientos antiglobalización. Con la crisis financiera internacional que comenzó en 2008, el sistema capitalista experimentó la mayor conmoción desde la crisis económica mundial de 1929. En muchos países los bancos tuvieron que ser rescatados con miles de millones de fondos recaudados mediante impuestos. Por algún tiempo pareció que la ideología neoliberal, para la cual todo lo bueno viene del mercado y todo lo malo del Estado, estaba tan desacreditada como la teoría económica neoclásica dominante, que con sus modelos formales suministraba legitimación científica a esta ideología. Parecía llegar la hora de una política económica keynesiana orientada al Estado. En la prensa burguesa se recordaba incluso a Marx, al que evidentemente se le debía conceder que había identificado la tendencia a la crisis del capitalismo mucho mejor que las escuelas económicas dominantes.

Con la crisis de la deuda pública de muchos países europeos, que en algunos de ellos –no en todos– fue la consecuencia directa del rescate bancario, ese momento pasó rápidamente. A los países fuertemente endeudados de Europa del Sur se les impusieron brutales políticas de austeridad, que llevaron a una drástica disminución de los ingresos para los estratos más pobres de la población y a una considerable reducción de las prestaciones sociales. En Grecia se produjo además la quiebra del sistema de salud pública como consecuencia de las medidas de ahorro. Al mismo tiempo, las privatizaciones que tuvieron lugar

en los países endudados llevaron a malvender un gran número de bienes públicos. Las políticas de austeridad se impusieron en la Unión Europea debido fundamentalmente a las presiones del gobierno alemán. Pero en los países afectados, estas políticas encontraron también un amplio apoyo en los círculos conservadores y en las organizaciones empresariales. Las políticas neoliberales sobrevivieron, aunque ya no se presentaban como promesas salvíficas, sino como una amarga e inevitable necesidad. Hubo una fuerte resistencia a estas políticas. En Grecia condujo incluso a los grupos opositores al gobierno. Esta resistencia fracasó en gran medida respecto a los objetivos que perseguía, pero al menos llevó a una considerable politización de buena parte de la población.

Estos acontecimientos ofrecían un abundante material ilustrativo de los análisis de Marx presentados en este libro, y en todo el mundo aumentó de nuevo el interés en la teoría de Marx, especialmente en *El Capital*. Pero en los últimos años no solo ha habido un auge de los movimientos y partidos de izquierdas que se muestran críticos con el capitalismo, sino también de los grupos de derechas y nacionalistas. Las multitudes de refugiados llegados a Europa de la guerra civil en Siria y de otros países fueron objeto del odio violento de estos grupos. Los partidos nacionalistas y xenófobos han ido mejorando progresivamente sus resultados electorales durante los últimos años en muchos Estados de la Unión Europea, aprovechándose del descontento frente a las consecuencias del sistema capitalista. Una de las razones más importantes –aunque no la única– del éxito de estos grupos fue que tenían una «visión» que ofrecer: una comunidad nacional aislada de la que son excluidos los «extranjeros», una comunidad que se centra básicamente en sí misma y que ofrece a la «propia gente» un Estado Social que funciona. Esta visión puede resultar abominable para la izquierda, pero es susceptible de motivar a las personas. La izquierda carece en gran medida de visiones propias: criticamos el capitalismo, pero apenas mostramos alternativas fundamentales. La moderada izquierda socialdemócrata no quiere abolir el capitalismo, sino establecer una regulación estatal. Considera que con políticas económicas keynesianas se puede alcanzar el pleno empleo, salarios elevados y un mejor Estado Social. Es decir, no hay que cambiar en lo esencial nada

de lo que tenemos, debe permanecer tal y como está, simplemente hay que mejorarlo un poco. Una concepción tan débil apenas puede convencer hoy en día. La izquierda radical (uso este vago concepto para las fuerzas que están a la izquierda de la socialdemocracia clásica) critica estas débiles concepciones, habla de abolir el capitalismo, pero se abstiene por lo general de dar una caracterización más precisa del estado social al que aspira. La única alternativa al capitalismo concebible para muchas personas es una economía planificada de tipo soviético. Pero esto es tan poco atractivo (o incluso menos aún) que una política económica keynesiana. Mostrar una alternativa al sistema económico y social dominante más allá de la mercancía, el dinero y el Estado, me parece hoy más urgente que nunca. En la obra de Marx no encontramos ningún proyecto acabado de ello, pero sí al menos planteamientos y reflexiones que merecen una discusión más detenida. En el último capítulo me ocupo de tales planteamientos. Si escribiera hoy el libro, ese capítulo sería sin duda más extenso y detallado.

Berlín, mayo de 2017

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN ALEMANA

La protesta vuelve a tener lugar. En los últimos años han surgido múltiples movimientos contestatarios, sobre todo movimientos de crítica a la «globalización». Los enfrentamientos en la reunión de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle (1999) o en la reunión del G 8 en Génova (2001) se han convertido ya en el símbolo de una nueva resistencia frente a las exigencias desmesuradas del capitalismo. Al mismo tiempo, las discusiones sobre las consecuencias destructivas de un capitalismo «desenfrenado» han ido más allá de los tradicionales círculos de izquierda.

Una breve mirada retrospectiva nos muestra que esto no era algo evidente. A comienzos de los años 90, tras el colapso de la Unión Soviética, parecía que el capitalismo se había impuesto definitivamente a escala mundial como modelo económico y social sin alternativa posible. Aunque siempre ha habido muchas posiciones de izquierdas que no veían en el «socialismo real» soviético la alternativa deseable al capitalismo, en ese momento tales diferencias ya no parecían importar. Casi todo el mundo consideraba que una sociedad más allá de la economía de mercado capitalista era solo una utopía completamente ajena a la realidad. En lugar de la protesta, se impusieron el conformismo y la resignación.

Sin embargo, precisamente en los años 90 se puso de manifiesto que el capitalismo, también después de su aparente «victoria final», seguía acompañado de procesos de crisis y depauperación; y Kosovo, Afganistán e Irak han demostrado que las guerras en las que los países capitalistas desarrollados están involucrados –no solo indirectamente, sino también de manera directa– no son en modo alguno cosa del pasado. Los nuevos movimientos se han hecho cargo de todo esto en formas diversas y lo han convertido en punto de partida de la crítica. A menudo se ha tratado solamente de protestas puntuales y de mejoras inmanentes al sistema, y no pocas veces la crítica se ha basado en una

representación moral simplista en la que todo es blanco o negro. Pero en el transcurso de las discusiones también se han planteado una y otra vez preguntas fundamentales: preguntas sobre el modo de funcionamiento del capitalismo actual, sobre la conexión entre capitalismo, Estado y guerra, y sobre los cambios que son posibles dentro del capitalismo.

La teoría de izquierdas ha vuelto a ser importante. Cualquier acción que tenga como objetivo el cambio parte de una determinada comprensión de lo existente. Si se exige, por ejemplo, la implantación de una tasa Tobin (el gravamen de las transacciones de divisas) como un medio decisivo para «domar» al capitalismo «desbocado», con ello se están presuponiendo determinados conceptos teóricos sobre el significado de los mercados financieros y sobre el capitalismo refrenado o desenfrenado, se formulen expresamente o no. La pregunta acerca de cómo funciona el capitalismo actual no es, por tanto, una cuestión abstracta y académica, sino que la respuesta que se le dé tiene una relevancia práctica inmediata para todo movimiento de crítica al capitalismo.

Por eso no es sorprendente que en los últimos años hayan vuelto a tener actualidad grandes proyectos teóricos, como ha ocurrido recientemente con *Imperio* de Antonio Negri y Michael Hardt, *La era de la información* de Manuel Castells o, particularmente en Alemania, *Schwarzbuch des Kapitalismus* de Robert Kurz. En estos tres libros, orientados de manera muy distinta tanto políticamente como por lo que respecta a su contenido, se recurre en mayor o menor medida a las categorías de Marx: en parte se las utiliza para analizar el desarrollo presente y en parte se las critica como obsoletas. Por lo visto, hoy en día tampoco se puede eludir *El Capital* si se quiere analizar en profundidad el capitalismo. Sin embargo, los tres libros mencionados tienen en común, si bien de modo diferente, una utilización muy superficial de las categorías marxianas, que aparecen a menudo como meros ornamentos retóricos. Una confrontación con el original es conveniente no solo para criticar tales superficialidades, sino también porque *El Capital*, escrito hace más de cien años, es más actual en muchos sentidos que algunas obras escritas recientemente y presentadas con gran ostentación.

Cuando comienza a leer *El Capital*, uno choca con algunas dificultades. Precisamente al comienzo, el texto no siempre resulta fácil de entender. También la extensión de sus tres libros puede tener un efecto disuasorio. Sin embargo, no hay que conformarse solamente con la lectura del libro primero. Puesto que Marx expone su objeto a distintos niveles de abstracción, que se presuponen y complementan unos a otros, solo al final del libro tercero se puede entender plenamente la teoría del valor y del plusvalor tratada en el libro primero. Lo que uno cree saber tras la lectura aislada del libro primero no solo es incompleto, sino también equívoco.

Tampoco se entiende sin más la pretensión de *El Capital*, que se encuentra expresada en su subtítulo y que Marx utiliza también como caracterización de la totalidad de su proyecto científico: «Crítica de la economía política». En el siglo XIX se designaba temáticamente como *economía política* más o menos aquello que hoy llamamos ciencia económica. Lo que Marx indica con la denominación «crítica de la economía política» es que no se trata solo de una nueva exposición de la economía política, sino de una *crítica* fundamental a la totalidad de la ciencia económica anterior: para Marx se trata de una «revolución científica», y claro está que con una intención política y social. A pesar de todas estas dificultades, se ha de abordar la lectura de *El Capital*. La siguiente Introducción no puede reemplazar esta lectura; únicamente pretende ofrecer una primera orientación¹.

Además, los lectores y lectoras deberían ser conscientes de que ya poseen una determinada *precomprensión* acerca de lo que es el capital, de lo que son las crisis, y también acerca de lo que trata la teoría de Marx. Dicha precomprensión, que se forma automáticamente a través de la escuela y de los medios de comunicación, a través de las conversaciones y las discusiones, tiene que ser cuestionada críticamente. No se trata solo de confrontarse con algo nuevo, sino también de examinar lo supuestamente conocido y evidente.

¹ Un comentario detallado del libro primero de *El Capital*, que toma en consideración cada uno de los capítulos, se encuentra en Altvater et al. (1999). A diferencia de dicho comentario, aquí se trata solo del contexto general de la argumentación de Marx, si bien tomando en consideración los tres libros de *El Capital*. Una introducción en base a textos seleccionados puede verse en Berger (2003).

Este examen debería empezar ya en el primer capítulo. Aquí se desarrolla, por un lado, un primer concepto provisional del capitalismo, que se diferencia de muchas ideas «espontáneas» acerca del mismo. Por otro lado, se trata del papel del marxismo en el movimiento obrero. A este respecto debería quedar claro que no existe en absoluto algo así como «el» marxismo. Siempre se ha discutido acerca de qué es lo que constituye la verdadera esencia de la teoría de Marx, y ciertamente no solo entre «marxistas» y «críticos de Marx», sino también entre los propios «marxistas».

En el segundo capítulo, que es asimismo preparatorio, se da una caracterización provisional del objeto de *El Capital*. Los capítulos posteriores siguen de manera muy general el curso de la argumentación de los tres libros de *El Capital*: del capítulo III al V se aborda la materia del libro primero, en el capítulo VI la del segundo y del capítulo VII al X la del tercero.

Marx tenía proyectada una investigación del Estado que debía desarrollarse sistemáticamente de manera similar a su análisis de la economía, pero nunca llegó a realizarla. En *El Capital* se encuentran solamente observaciones ocasionales acerca del Estado. Sin embargo, la crítica del capital no solo queda incompleta sin la crítica del Estado, sino que induce a malentendidos. Por este motivo, en el capítulo XI se abordará, siquiera brevemente, una crítica del Estado. En el capítulo XII, con el que concluye este libro, se plantea una breve discusión acerca de lo que Marx entiende o deja de entender por socialismo y comunismo.

Muchas simplificaciones del marxismo tradicional, «ideológico» (cf. para este concepto el capítulo I.III), han sido criticadas especialmente en las últimas décadas. A raíz de ello ya no se siguió interpretando a Marx simplemente como el mejor economista, según se había hecho en la perspectiva tradicional, sino fundamentalmente como crítico del proceso social mediado por el valor y por ello «fetichizado». Esta nueva lectura de los textos de crítica económica de Marx constituye la base de la presente Introducción. Por lo tanto, en mi exposición entronco con determinadas interpretaciones de la teoría de Marx, mientras que otras son desechadas. Ahora bien, para no desbordar los límites de esta Introducción, he tenido que renunciar en gran parte a la confrontación con otras interpretaciones. He fundamentado deta-

lladamente mi punto de vista sobre la crítica de la economía política en Heinrich (1999); una reseña de la bibliografía más importante se encuentra en Heinrich (1999a).

En el capítulo III se aborda la teoría del valor de Marx. Recomendando una lectura particularmente detenida de este capítulo, también a aquellos que creen conocer ya la teoría del valor y solo quieren informarse sobre temas específicos como, por ejemplo, el crédito o las crisis. Este capítulo no solo es el presupuesto de todo lo que sigue; en él también se pone de manifiesto con especial claridad la «nueva lectura de Marx» mencionada anteriormente.

Una observación sobre la forma de escribir en lo relativo al género: soy consciente de que la lengua alemana ignora a las mujeres, siendo utilizadas indistintamente las formas masculinas para referirse a ambos sexos. Como reacción a ello se han introducido determinadas grafías para hacer referencia a los dos sexos. Pero su uso consecuente en el presente contexto conduciría a una nueva ignorancia, pues mientras que dicho uso está justificado en el caso de «trabajadores/as», ocultaría en otros casos el hecho de que las mujeres raramente han formado parte, por ejemplo, del mundo político o empresarial. Por eso he renunciado a dichas grafías, pero hablo a menudo de «trabajadores y trabajadoras», etc. Sobre la forma de citar: *El Capital* y otros textos de Marx se citan por la edición *Marx-Engels Werke* (MEW), Berlín, 1956 y ss.; los tres libros de *El Capital* se encuentran en MEW 23, 24 y 25. Los textos que no están contenidos en MEW se citan por la edición *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA), Berlín, 1975 y ss.²

En la elaboración de esta Introducción he recibido la ayuda de diversas personas. Por la reiterada lectura crítica de distintas partes del manuscrito, por las intensas discusiones y por las importantes sugerencias que me han hecho, quiero dar las gracias de manera especial

² Con respecto a las citas, la coherencia terminológica con el resto del texto ha hecho preferible la traducción directa del alemán. Pero dado que el libro pretende introducir a la lectura de *El Capital*, se indica también la referencia de página de la traducción española en el caso de las citas de los tres libros de *El Capital*, por si el lector quisiera consultar el contexto en el que aparecen en la obra. La indicación de página se da por la edición de Siglo XXI, a continuación del número de página de la edición alemana, y separando ambos números por una barra (*N. del T.*).

a Marcus Bröskamp, Alex Gallas, Jan Hoff, Martin Krzywdzinski, Ines Langemeyer, Henrik Lebuhn, Kolja Lindner, Urs Lindner, Arno Netzbandt, Bodo Niendl, Sabine Nuss, Alexis Petrioli, Thomas Sablowski, Dorothea Schmidt, Anne Steckner e Ingo Stütze.